

La humanidad, donde se unen el mundo material y el mundo espiritual, es la culminación máxima de la creación. Esto es afirmado por los dos registros de la creación en Génesis 1 y 2. De las muchas conjeturas alternativas con respecto a los orígenes humanos que se han ofrecido aparte de la revelación escritural, la hipótesis del evolucionismo Darwinista a través de la selección natural es dominante en el mundo contemporáneo. La objeción Cristiana no es contra la idea del desarrollo como tal, la cual regresa a la filosofía Griega, sino contra el naturalismo y el materialismo de la hipótesis Darwinista. Esta teoría ha sido seriamente resistida, no solo por los creyentes en la Biblia sino también por los científicos naturales y los filósofos en general. Mientras el naturalismo y el materialismo dejaban demostrada su bancarrota espiritual, una nueva espiritualidad mística, e incluso panteísta, atraía a muchos, desacreditando aún más al Darwinismo. Los argumentos contra el Darwinismo en general son importantes, con el problema de los orígenes humanos y las transiciones de una especie a otra particularmente insoluble. La teoría de la evolución también choca con la Escritura con respecto a la edad, la unidad y la habitación original de la humanidad. Sobre todo, es esencial sostener la unidad fundamental de la raza humana; esta convicción es la presuposición de la religión y de la moralidad. La solidaridad de la raza humana, el pecado original, la expiación en Cristo, la universalidad del reino de Dios, la catolicidad de la iglesia, y el amor al prójimo se hallan todos cimentados en ella.

La creación culmina en la humanidad, donde se unen el mundo espiritual y el material. Según la historia de la creación en Génesis 1, el “hombre,” el hombre y la mujer, fue creado en el sexto día (Gén. 1:26s.), después de la creación de los animales terrestres. Por esta disposición la Escritura también enseña la existencia de un parentesco cercano entre el hombre y el animal. Ambos fueron creados el mismo día; ambos fueron formados del polvo de la tierra. Pero junto con este parentesco hay también una gran diferencia. Al mandamiento de Dios los animales fueron producidos por la tierra (Gén. 1:24); el hombre, sin embargo, fue creado, después de la deliberación divina, a la imagen de Dios, para ser el señor sobre todas las cosas. Estas breves descripciones son clarificadas y expandidas en el segundo capítulo del Génesis.¹ El primer capítulo ofrece una historia general de la creación que tiene su meta y fin en la humanidad, mientras que la segunda trata especialmente con la creación humana y con la relación en la que se ubican las otras criaturas con respecto al hombre. En la primera crónica el hombre es el fin de la naturaleza; en la segunda, el hombre es el principio de la historia. El primer registro muestra cómo todas las otras criaturas preparan el advenimiento de la humanidad; el segundo introduce la historia de la tentación y la caída y para tal fin describe especialmente el estado original del hombre. Por tanto, en el primer capítulo, la historia de la creación de todas las cosas (el cielo, la tierra, el firmamento, etc.) es narrada con alguna extensión y con un orden regular, pero la creación de la humanidad es narrada de manera sucinta; el segundo capítulo

¹ Según algunos exegetas, la así llamada historia de la segunda creación comienza en Génesis 2:4; según otros, en Gén. 2:4b; y aún otros piensan que en Gén. 2:5. H. Gunkel se inclina a la opinión de que Gén. 2:4a originalmente precedía a Gén. 1:1 (H. Gunkel, *Génesis*, trad. por Mark E. Biddle [Macon, Ga.: Mercer University Press, 1997], 103); V. Zapletal (*Der Schöpfungsbericht der Genesis* [Regensburg: G. J. Manz, 1911]) considera Gén. 2:4 como una interpolación. En opinión de muchos estudiosos, Gén. 2:4b no puede ser un colofón de la historia precedente puesto que *toledoth* no se refiere al origen, sino a la ascendencia y procreación de las criaturas; y según otros no puede ser el título de la siguiente historia en vista del hecho que los Yahvistas nunca usan esta fórmula. Aún así, Gén. 2:4b probablemente tiene el propósito de ser una transición y un título de lo siguiente en el sentido de que lo que continúa contiene una historia del desarrollo del cielo y de la tierra, especialmente de la tierra, pues en el v. 4b es mencionada antes que el cielo.

presupone la creación del cielo y la tierra, no sigue una cronología sino solamente un orden tópico, y no dice cuándo son creadas las plantas y los animales sino que solamente describe la relación en la que básicamente se ubican respecto a los seres humanos. Génesis 2:4b- 9 no implica que las plantas fueron formadas después de la creación humana, sino solo que el jardín del Edén fue plantado después de ese evento. El autor indudablemente pensaba con respecto a la creación de las plantas que esta ocurrió entre los versículos 6 y 7. Del mismo modo, en Génesis 2:18s., aunque la creación de los animales es de hecho relatada después de la del hombre, la idea no es describir así el curso objetivo de los eventos creativos sino solamente mostrar que no se iba a encontrar una ayudante para el hombre entre los animales sino solo en un ser como él mismo. Finalmente, el registro de la creación de la mujer no entra en ningún conflicto, de ninguna manera, con el registro de Génesis 1 sino que es una mayor explicación de él.²

Creación y Evolución: el Darwinismo

Este origen divino del hombre nunca ha sido cuestionado en la iglesia Cristiana y en la teología Cristiana. Pero fuera de la revelación especial se han presentado todo tipo de conjeturas con respecto a los orígenes humanos. Muchas sagas paganas le atribuyen la creación humana a los dioses o a semidioses.³ También la filosofía, especialmente la de Sócrates, Platón y Aristóteles, generalmente reconocían, en su evaluación del hombre como un ser hecho del polvo de la tierra, un principio racional que se derivaba de los dioses. Sin embargo, tanto en la religión como en la filosofía, se han considerado también muy diferentes ideas sobre el origen el hombre. Algunas veces el hombre es visto como un ser que emergió autóctonamente de la tierra; luego, como habiéndose desarrollado de algún otro animal, o como el fruto de algún árbol, y así sucesivamente.⁴ Por consiguiente, la idea de desarrollo o evolución no es un producto de la modernidad sino que se daba ya entre los filósofos Griegos. La encontramos entre los filósofos Jonianos de la naturaleza, especialmente en Anaxímenes, elaborada en un sentido panteísta por Heráclito, y presentada en su forma materialista por los Atomistas. También Aristóteles la incorporaba en su sistema pero le atribuía un carácter orgánico y teleológico: por la vía del desarrollo la potencialidad se torna en actualidad. Desde la posición Cristiana no hay la menor objeción a la noción de evolución o desarrollo tal y como es concebida por Aristóteles; por el contrario, es solo la creación la que hace posible tal evolución.⁵ Pero en el siglo dieciocho la evolución fue separada violentamente de sus bases en el teísmo y la creación y fue puesta al servicio de un sistema panteísta o materialista. Algunos Enciclopedistas Franceses intentaron explicar la humanidad completamente – y también psicológicamente – en términos de la materia. Bodin, Hobbes, Montesquieu, Rousseau, Voltaire, Kant, Schiller, Goethe, y Hegel todos promovieron esta tendencia en tanto que revertían el orden antes generalmente aceptado y pensaban con respecto a la humanidad como comenzando en un estado animal. Sin embargo, el hombre aún era visto como encontrándose en una clase que le era propia, producida no por una evolución gradual a partir de un animal, sino por la omnipotencia creativa de la naturaleza. La evolución era aún concebida como orgánica y teleológica. Pero paso a paso esta teoría evolutiva fue tan readaptada que condujo al descenso de la humanidad a partir de una ascendencia animal. Lamarck (1744- 1829), Saint Hilaire (1772- 1844), Oken (1779- 1851), Von Baer (1836), H. Spencer (1852), Schaafhausen (1855), Huxley (1859), Nägeli (1859) ya habían tomado esta posición antes de la aparición en la escena mundial de Charles Darwin. Sin embargo, su derecho a la fama estuvo en que hizo un enorme número de observaciones que se relacionaban con la

2 Cf. E. W. Hengstenberg, *Authenticité des Pentateuchs en Beiträge zur Einleitung in Alte Testament*, 2 vols. (Berlín: Oehmigke, 1836- 39), I, 306ss. *Nota del Editor*: Traducción al Inglés por J. E. Ryland, 2 vols. *Disertaciones sobre la Autenticidad del Pentateuco* (Edinburgh: John D. Lowe, 1847); G. F. Oehler, *Teología del Antiguo Testamento*, trad. por Ellen D. Smith y Sophia Taylor (Edinburgh: T. & T. Clark, 1892- 93) §18; *Köhler, *Lehrbuch d. Bibl. Gesch. D. A. T.*, I, 24; Chr. E. Baumstark, *Christliche Apologetiek*, II (Frankfurt a.m., 1872), 458ss.; H. van Eyck van Heslinga, *De Eenheid van het Schepingsverhaal* (Leiden, 1896).

3 Hesíodo, *Obras y Días*, I, 23- 25; Ovid, *Metamorphoses*, I, 82ss., 363ss.

4 Cf. A. Lang, *Onderzoek naar de Ontwikkeling van Godsdienst, Kultus en Mythologie*, I, trad. por L. Knappert (Haarlem: F. Bohn, 1893), 143, 275.

5 Cf. M. Heinze, "Evolutionismus," *PRE*³, V, 672- 81; y H. Bavinck, "Creación o Desarrollo," *The Methodist Review* 60 (1901): 849- 74; idem, "Evolutie," en *Pro en Contra* (Baarn: Hollandia, 1907).

vida de la humanidad y de los animales y trajo a la luz el parentesco entre ellos. Se las arregló para combinarlos de una manera poco usual y para ponerlos al servicio de una hipótesis que era ya dominante, y mostró una manera en la que el descenso humano a partir de ancestros animales pareció haber sido posible.⁶ Una legión de estudiosos, incluyendo a Lyell, Owen, Lubbock, Tylor, Hooker, Tyndall, Huxley, Moleschott, Haeckel, Hellwald, Büchner, Vogt, Bölsche, y otros creían que la primera hipótesis era virtualmente comprobada por la investigación de Darwin, y la hicieron pasar como el resultado indisputable de la ciencia natural.⁷

Ahora, por Darwinismo debemos entender la teoría de que las especies en las cuales las entidades orgánicas solían estar divididas no poseen propiedades constantes sino que son mutables; que los seres orgánicos superiores se han desarrollado a partir de los inferiores y que el hombre en particular ha evolucionado gradualmente, en el curso de los siglos, a partir de un género ya extinto de simio; que lo orgánico, a su vez, emergió de lo inorgánico, y que la evolución es, por lo tanto, la manera en la cual, bajo el influjo de leyes puramente mecánicas y químicas, el mundo presente ha llegado a existir. Esa es la tesis, o más bien, la hipótesis. Darwin trata de hacer que esta teoría de la evolución sea convincente por las siguientes consideraciones: primero, la naturaleza por todas partes pone de manifiesto una batalla por la vida en la que participa cada ser, y por la cual es forzado a desarrollarse y a perfeccionarse o sino perecer; segundo, de las incontables plantas, animales y gentes la naturaleza selecciona, para la supervivencia y la reproducción (“selección natural”), a las que estén mejor organizadas; esta selección natural es reforzada por la selección sexual, un proceso en el cual cada hembra da preferencia al macho mejor organizado; tercero, las propiedades favorables adquiridas por la batalla y la selección pasan de los padres a los hijos o incluso a los nietos (atavismo) y por mutaciones acumulativas perfeccionan cada vez más al organismo. Estas no son pruebas, claro está, sino suposiciones e interpretaciones de cómo la evolución es posible, según Darwin. Las pruebas para la hipótesis en realidad han sido derivadas exclusivamente del parentesco que puede observarse entre entidades orgánicas y que, tanto física como psicológicamente, existen también entre el animal y el hombre; de la mutación y transmisión de propiedades que observamos una y otra vez en el mundo de los humanos y de los animales; de los órganos rudimentarios que quedan en los humanos de su anterior estado animal; de la embriología, según la cual los organismos superiores repiten, como embriones, los grados de desarrollo de los organismos inferiores; de la paleontología, que estudia los huesos y cráneos fosilizados y busca inferir, a partir de ellos, la gran diferencia entre el estado primitivo y el actual de los humanos; del mimetismo según el cual algunos animales asumen la forma, complexión o el color de algún otro objeto en la naturaleza para así protegerse de sus enemigos; de la relación sanguínea que, de acuerdo a los exámenes de transfusión, especialmente los de H. Friedenthal, se alega que ha existido entre los humanos y los simios superiores.⁸

Ocasionalmente, no obstante la mucha autoridad con la cual esta teoría de la descendencia súbitamente nos ha llegado, encontró desde el principio una contradicción muy seria, no solamente entre teólogos y

6 C. Darwin, *Sobre el Origen de las Especies por Medio de la Selección Natural* (Londres: J. Murray, 1859); idem, *La Ascendencia del Hombre* (New York: D. Appleton, 1871).

7 E. Haeckel, por ejemplo, escribe: “Por lo tanto, la monofilética u origen común de todas las clases de mamíferos es ahora considerado un hecho firmemente establecido por todos los estudiosos bien informados en el campo” (*Der Kampf um den Entwicklungs-Gedanken* [Berlín: G. Reimer, 1905], 56, 70).

8 G. J. Romanes, *Las Evidencias Científicas de la Evolución Orgánica* (Londres: Macmillan, 1882). Sobre el mimetismo, cf. C. Gutberlet, *Der Mensch* (Paderborn: Schöningh, 1903), 106ss. Sobre la relación sanguínea entre el hombre y el simio, vea E. Wasmann, *La Biología y la Teoría de la Evolución*, trad. por A. M. Buchanan, 3ª ed. (St. Louis: B. Herder, 1923) 456- 61; E. Dennert, *Die Weltanschauung des modernen Naturforschers* (Stuttgart: M. Rielmann, 1907), 21ss.

filósofos,⁹ sino también entre científicos naturales;¹⁰ y esa contradicción, lejos de haber sido cambiada a lo largo de los años, se ha hecho escuchar con más volumen y vigor. En casi cada conferencia anual de científicos naturales, Virchow repetía su protesta contra aquellos que hacían pasar el Darwinismo como un dogma establecido. Dubois Reymond habló en 1880 de siete misterios del mundo que no podían ser resueltos por la ciencia natural y unos pocos años antes de su muerte en Diciembre de 1896 escribió: “parece que la única opción que queda es lanzarse uno mismo en los brazos de lo sobrenatural.”¹¹ En 1890 Renan reconsideró las grandes expectativas que había acariciado con relación a la ciencia en sus primeros años.¹² En 1895 Brunetièrre habló de la bancarrota de la ciencia y, aunque no estaba negando de esa manera sus descubrimientos, intentaba mostrar que no era el único medio por el cual la humanidad podía mejorar su destino.¹³ Romanes, quien era un Darwinista resuelto, murió en 1895, habiéndose reconciliado con la fe de la Iglesia Anglicana.¹⁴ A fines del siglo diecinueve la vida intelectual de la gente pasó por un cambio notable. Aunque se había logrado un despliegue de brillantes resultados en las ciencias naturales, en la cultura y en la tecnología, el corazón humano había quedado insatisfecho, y así las personas se volvieron del intelectualismo al misticismo, de la ciencia exacta a la filosofía, del mecanicismo al dinamismo, de la materia muerta a la fuerza vital, del ateísmo de regreso al panteísmo. El materialismo, luego de un continuado escrutinio, probó ser completamente insostenible. El concepto del átomo, que era su premisa, no podía soportar la prueba de una crítica lógica. La física fue obligada a abandonar el concepto de una *acción a la distancia* y concebía a todo el espacio como lleno de un éter cósmico. El descubrimiento de los rayos X condujo a una divisibilidad de la materia hasta entonces insospechada. El pensamiento monista llegó a reconocer que incluso el materialismo con su materia y fuerza no había vencido al dualismo, y el idealismo filosófico produjo la percepción de que la materia y toda la naturaleza nos son dadas solamente en la forma de una idea. Todas estas consideraciones pavimentaron el camino para el panteísmo de Espinoza o Hegel y ejercieron tal influencia que incluso Haeckel no pudo escapar de ella, dando lugar para que elevara su monismo materialista al nivel de una nueva religión.¹⁵

9 Además de los títulos siguientes, enumerados en la bibliografía – H. Lüken J. S. Nickel, H. Lotze, A. R. Gordon, B. Platz, O. Zöckler, Pressensé, J. Buibert, C. Hodge, D. Gath, Whitley, J. Orr, Geesink – vea también los comentarios al Génesis de F. Delitzsch, H. Gunkel, et al.; cf. H. Ulrici, *Gott und die Natur* (Leipzig: T. O. Weigel, 1862); idem, *Gott und der Mensch* (Leipzig: T. O. Weigel, 1874); ed. Von Hartmann, *Wahrheit und Irrthum im Darwinismus* (Berlín: C. Duncker, 1875) reimpresso en *Philos. Des Unbew.* 11a ed., III (1904); B. Carneri, *Sittlichkeit und Darwinismus* (Wien: W. Braumüller, 1903); G. P. Weygoldt, *Darwinismus, Religion, Sittlichkeit* (Leiden: E. J. Brill, 1878); E. G. Steude, *Christentum und Naturwissenschaft* (Gütersloh: C. Bertelsmann, 1895), 148ss. (*N. del E.*: cf. E. Gustav Steude, *Der Beweis für die Wahrheit des Christentums* [Gütersloh: C. Bertelsmann, 1899]); T. Pesch, *Die Grossen Welträthsel*, 2 vols., 2a ed. (Freiburg i.B.: Herder, 1892), II, 147- 71ss.; F. H. Reusch, *La Naturaleza y la Biblia: Conferencias sobre la Historia Mosaica de la Creación en su Relación con la Ciencia Natural*, trad. por Kathleen Lyttelton, vol. II, 4ª ed. (Edinburgh: T. & T. Clark: 1886) 32- 120; R. Otto, *Naturalistische und Religiöse Weltansicht* (Tübingen: H. Laupp, 1905) enz.

10 L. Agassiz, *Ensayo sobre la Clasificación*, ed. por Edward Lurie (Cambridge: Belknap Press of Harvard University Press, 1962); J. W. Dawson, *La Naturaleza y la Biblia* (New York: Wilbur B. Ketcham, 1875); Dana (cf. F. Wright, *Wetenschappelijke Bijdragen tot Bevestiging der Oud-Testamentische Geschiedenis*, enz. 306 [*Confirmaciones Científicas de la Historia del Antiguo Testamento* (Oberlin: O. Bibliotheca Sacra, 1906)]); C. Nägeli, *Entstehung und Begriff der Naturhistorischen* (München: Königliche Akademie, 1865); C. Nägeli, *Una Teoría Mecánico-Fisiológica de la Evolución Orgánica* (Chicago: Open Court, 1898); A. Wigand, *Der Darwinismus und die Naturforschung Newtons und Cuviers*, 3 vols. (Braunschweig: F. Vieweg und Sohn, 1874- 77); J. Ranke, *Der Mensch*, 2a ed. (Leipzig: Bibliographisches Institut, 1894); *G. Beck, *Der Urmensch* (Basel: A. Gaering, 1899); F. Bettex, *Naturstudie en Christendom*, 4a ed. (Kampen: J. H. Kok, 1908); J. Reinke, *Die Welt als That*, 4 vols., 3a ed. (Berlín: Gebruder Paetel, 1905); J. Reinke, *Die Natur und Wir* (Berlín: Gebruder Paetel, 1908); E. Dennert, *En el Lecho de Muerte del Darwinismo*, trad. por E. V. O’Harra y John H. Peschges (Burlington, Iowa: German Literary Board, 1904); E. Dennert, *Die Weltanschauung des modernen Naturforschers* (Stuttgart: M. Rielmann, 1907); A. Dippe, *Naturphilosophie* (München: C. H. Beck, O. Beck, 1907); E. Wasmann, *Biología Moderna*.

11 Cf. D. Reymond, *Beweis des Glaubens* 31 (Febrero 1895): 77- 78.

12 E. Renan, *L’avenir de la science* (París: Calmann- Levy, 1890).

13 F. Brunetièrre, *La Science et la Religion* (París: Firmin- Didot, 1895).

14 G. J. Romanes, *Pensamientos Acerca de la Religión*, ed. por Charles Gore, 6ª ed. (Chicago: Open Court, 1911).

15 E. Haeckel, *Der Monismus als Band zwischen Religion und Wissenschaft*, 6a ed. (Leipzig: A. Kroner, 1908); idem,

Este cambio de ambiente también minó la creencia en la verdad del Darwinismo. Sin embargo, en relación con esto, se ha de hacer una distinción entre el Darwinismo en un sentido más restringido y el Darwinismo en un sentido más amplio. El Darwinismo, en un sentido más amplio, esto es, la opinión de que los organismos superiores evolucionaron a partir de los organismos inferiores y que luego la especie humana evolucionó gradualmente a partir de una ascendencia animal, todavía disfruta de mucha aceptación, como lo hizo al principio. El Darwinismo en el sentido más restringido, esto es, la explicación peculiar que Darwin, con su teoría de la selección natural, ofrecida para el origen de las especies, cayó en descrédito entre muchas personas o fue incluso completamente abandonado. Sin embargo, el Darwinismo en un sentido está ligado con el Darwinismo en el otro. Para el mismo Darwin la verdad de su teoría de la ascendencia dependía de la posibilidad de explicarla;¹⁶ cuando la explicación intentada comprueba no ser articulada la teoría también comienza a tambalearse y se hunde hasta el nivel de una suposición que tiene tanto o menos derecho de existir como cualquier otra. De hecho, entonces, también los argumentos que se pueden impulsar contra la teoría de la ascendencia humana no son de menos fuerza y de menor peso que aquellos que son dirigidos contra la explicación de Darwin.

Crítica del Darwinismo

Esos argumentos son, en general, los siguientes: en primer lugar, hasta ahora la teoría de la ascendencia se ha mostrado incapaz de hacer un tanto entendible el origen de la vida.¹⁷ Inicialmente los científicos recurrieron a la noción de una “generación ambigua” (*generatio aequivoca*), esto es, la idea del origen de las entidades orgánicas por una combinación accidental de materiales inorgánicos. Cuando las investigaciones de Pasteur comprobaron lo infundado de la idea se aferraron a la suposición de que los protoplasmas o gérmenes de la vida habían sido traídos a la tierra por meteoritos desde otros planetas (Helmholtz, Thomson).¹⁸ Cuando esta hipótesis también probó ser una mera inspiración mental anunciaron la teoría de que las células y gérmenes de la vida siempre habían existido al lado de lo inorgánico y por lo tanto, como la materia, la fuerza y el movimiento, eran eternos. Pero al decir esto los mismos proponentes de la teoría evolucionista reconocían la ineficiencia de ella: aquellos que hacen eterna a la “materia,” al “movimiento” y a la “vida” no resuelven el dilema sino que han perdido la esperanza de encontrar una solución.¹⁹ Muchos científicos naturales, incluyendo a Rindfleisch, Bunge, Neumeister, Merkel y otros, han retornado por lo tanto al vitalismo.

En segundo lugar, el Darwinismo también ha probado ser incapaz de explicar el desarrollo adicional de las entidades orgánicas. La Escritura, por un lado, reconoce la verdad inherente a la evolución cuando dice que las plantas y los animales brotaron de la tierra al mandamiento de Dios (Gén. 1:11, 20, 24). Por otro lado, no obstante, dice que la tierra pudo producir estas entidades orgánicas solamente por una palabra de omnipotencia divina y que estas entidades orgánicas existían lado a lado desde el principio como especies

El Enigma del Universo a Fines del Siglo Diecinueve, trad. por Joseph McCabe (New York: Harper & Brothers, 1900), 331-46.

¹⁶ Cf. J. Orr, *La Imagen de Dios en el Hombre y su Negación a la Luz de los Rechazos Modernos* (Londres: Hodder & Stoughton, 1906), 99.

¹⁷ O. Hertwig, *Die Entwicklung der Biologie im neunzehnten Jahrhundert*, 2a ed. (Jena: G. Fischer, 1908); E. Von Hartmann, “Mechanismus und Vitalismus in der mod. Biologie.” *Archiv für Systematische Philosophie* (1903): 139-78, 331-77; R. Otto, “Die mechanist. Lebenstheorie und die Theologie,” *Zeitschrift für Theologie und Kirche* (1903): 179-213; idem, *Naturalistische und religiöse Weltansicht*, 2a ed. (Tübingen: J. C. B. Mohr [Paul Siebeck], 1909), 145ss.; trad. al Inglés por J. Arthur Thomson y Margaret R. Thomson (Londres: Williams & Norgate; New York: Putnam, 1907); R. P. Mees, *De Mechanische Verklaring der Levensverschijnselen* (‘s Gravenhage, 1899); J. Grasset, *Les limites de la biologie* (París: Alcan, 1902).

¹⁸ Cf. también *Mac Gillavry, *De Continuïteit an het Doode en het Levende in de Natuur* (Leiden, 1898).

¹⁹ En un ensayo (“Geist oder Instinkt,” *Neue Kirchliche Zeitschrift* [1907]: 39) Hoppe comenta correctamente: “El Darwinismo ha dejado de producir una explicación de la teoría de la evolución; en su lugar ha venido la espiritualización de la materia y, ¡voilà! la evolución ha sido rescatada.”

distintivas, cada una con su propia naturaleza (Gén. 1:11, 21). Por lo tanto, no se puede descartar que pudiese ocurrir dentro de las especies todo tipo de cambios, y tampoco se ha reducido la libertad de la ciencia para definir aún más las fronteras de esas especies. Ni siquiera es absolutamente necesario mirar a todas las especies enumeradas hoy por la botánica y la zoología como creaciones originales. La noción de especie se halla lejos de haber sido definida de manera aguda y clara.²⁰ Pero es igualmente cierto que la diversidad esencial y la disimilitud entre las criaturas hallan su raíz en la omnipotencia creativa de Dios. Es Él quien hace la diferencia entre la luz y la oscuridad, el día y la noche, el cielo y la tierra, la planta y el animal, el ángel y el ser humano.²¹ Y en el Darwinismo esta diversidad y disimilaridad de las criaturas, específicamente de las entidades orgánicas, siguen siendo un enigma. Si los humanos descendieron de los animales, precisamente la enorme diferencia que existe entre ellos y que se manifiesta en el organismo total seguiría siendo un enigma sin solución. Hoy se reconoce casi universalmente que las numerosas especies de plantas y animales no pueden inferirse de un solo organismo o incluso de cuatro o cinco organismos originales.²² Tanto morfológica como fisiológicamente las especies son demasiado divergentes. La selección natural y la sexual son insuficientes para hacer posibles tales cambios en las especies y han sido, por consiguiente, significativamente limitadas y modificadas por el mismo Darwin.²³

Además de esto, nunca se han observado las transiciones de una especie a otra, ni en el pasado ni en el presente. Las mismas especies de plantas y animales que ahora conocemos también existían hace miles de años y aparecieron de repente en grandes cantidades. Las formas transitorias, que acercaría a las especies ahora existentes, no han sido encontradas en ninguna parte. La paleontología no demuestra una ascensión lenta, gradual y rectilínea de entidades orgánicas de lo inferior a lo superior sino que muestra que todos los tipos de especies existían unos junto a otros desde el principio. Pero tales formas transitorias debiesen estar disponibles en grandes cantidades porque los cambios morfológicos ocurrían muy lentamente a lo largo de miles de años y eran, en cada ocasión, solo de un significado pequeño. Es inconcebible que todas ellas fuesen accidentalmente destruidas por catástrofes; aún más, debido a que hasta el presente todos los organismos inferiores han seguido existiendo junto con los superiores a pesar de su imperfección e incapacidad para la batalla por la supervivencia. Añada a esto que especialmente Augusto Weismann, pero también otros, han defendido con buenas bases la tesis de que las propiedades adquiridas no son transmitidas precisamente por herencia, de manera que sobre este tema y sobre la herencia en general hay enormes diferencias de opinión.²⁴ Las propiedades morfológicas son de lo más variable, algo totalmente contrario a la teoría de Darwin. Si los cambios morfológicos se dieran a un ritmo tan lento y en cada ocasión fuesen de tan poco significado, no serían de ninguna manera una ventaja en la lucha por la vida. Durante el tiempo de transición serían más un impedimento que una ayuda. Pues mientras la respiración a través de branquias cambiaba a respiración por medio de pulmones el proceso era más un estorbo que una ventaja en la batalla por la existencia. Por todas estas razones el científico natural, cuya ciencia debe descansar sobre hechos, haría bien en abstenerse de hacer juicios en esta materia. El materialismo y el Darwinismo, [debemos notar], son tanto histórica como lógicamente el resultado de la filosofía, no de la ciencia experimental. El mismo Darwin, en cualquier caso, declara que muchas de las opiniones que presentó eran altamente especulativas.²⁵ Según Haeckel, Darwin no descubrió ningún hecho nuevo; lo que hizo fue combinar y utilizar los hechos de una manera única.²⁶ El profundo parentesco entre

20 Cf. E. Wasmann, *Biología Moderna*, 296-305, 427-29.

21 T. Aquino, *Summa Theol.*, I, qu. 47.

22 “No hay evidencia del todo a favor de una filogenia monofilética” (E. Wasmann, *Biología Moderna*, 291).

23 La teoría de Darwin de que las especies se originaron como resultado de pequeños cambios acumulativos a lo largo de una serie interminable de años ha dado lugar, en la obra de Hugo de Vries, a la teoría de las mutaciones abruptas, *Especies y Variedades; Su Origen por Mutación*, ed. por Daniel Tremblay MacDougal, 2ª ed., corregida y revisada. (Chicago: Open Court). Pero con relación a esto la pregunta de si los nuevos organismos resultantes son especies o variedades sigue sin contestar.

24 O. Hertwig, *Problemas Biológicos de Hoy: ¿Preformación o Epigénesis?* (New York: Macmillan, 1900); H. H. Kuyper, *Evolutie of Revelatie* (Amsterdam: Höveker & Wormser, 1903).

25 C. Darwin, *La Ascendencia del Hombre*, 620.

26 E. Haeckel, *Natürliche Schöpfungs-Geschichte* (1874) 25 [9a ed. (Berlín: G. Reimer) 1898].

humanos y animales siempre ha sido reconocido, un hecho del que se hace alusión en el concepto de “animal racional.”²⁷ Pero en tiempos anteriores este hecho no había sido aún combinado con la filosofía monista que dice que a partir de una potencia pura, la cual *es nada*, pueden desarrollarse, no obstante, todas las cosas como átomos, caos o células.

En tercer lugar, en el Darwinismo el origen de la humanidad es un problema sin solución. En realidad no existen las pruebas positivas de la ascendencia humana a partir de ancestros animales. La ontogenia de Haeckel ya no puede considerarse como prueba después de la refutación de Bischoff y otros.²⁸ Los argumentos basados en una variedad de huesos y cráneos humanos encontrados en cavernas, más recientemente en Indonesia, han sido abandonados a su vez en caso tras caso.²⁹ Por un lado, el estudio de especies antropoides de simios y, por el otro, de una colección de huesos, cráneos, humanos anormales, microcefálicos, enanos, y así sucesivamente, finalizó en la observación de que la diferencia entre animales y humanos es esencial y siempre ha existido.³⁰ Por consiguiente, generalmente se reconoce que ninguna especie de simio, tal y como existen hoy o han existido en el pasado, pueden ser la reserva ancestral de la raza humana.³¹ Los más ardientes defensores del Darwinismo admiten que se debe asumir algún tipo de especie transitoria, una especie de la cual no se ha encontrado, hasta ahora, ni siquiera una huella. En una conferencia de científicos naturales en 1894, Virchow comentó: “Hasta ahora no se ha encontrado ningún simio que pueda ser considerado el verdadero ancestro de los humanos, ni ningún semi- simio. Esta cuestión ya no se encuentra al frente de la investigación.”³²

En cuarto lugar, el Darwinismo sobre todo fracasa al no dar una explicación de la humanidad en términos de su dimensión psíquica. Darwin comenzó con el intento de derivar todos los fenómenos mentales que se encuentran en los humanos (conciencia, lenguaje, religión, moralidad, etc.) a partir de fenómenos que ocurren en los animales,³³ y muchos otros le han seguido en este aspecto. Pero hasta ahora estos intentos tampoco han sido exitosos. Como la esencia de la energía y la materia, el origen del movimiento, el origen de la vida y la teleología, así también la conciencia humana, el lenguaje, la libertad de la voluntad, la religión y la moralidad todavía pertenecen a los enigmas del mundo que esperan una solución. Las ideas, las cuales son totalmente mentales, se relacionan con el cerebro de una manera muy diferente a la manera en que la bilis se relaciona con el hígado y la orina con los riñones. En palabras de Max Müller el lenguaje es, y sigue siendo, el Rubicón entre nosotros y el mundo animal. La explicación psicológica de la religión es insostenible. Y la derivación de la moralidad a partir de instintos sociales humanos fracasa al no hacer justicia a la autoridad de la ley moral, al carácter categórico del imperativo moral, a los “imperativos” del bien, a la conciencia, la responsabilidad, el sentido del pecado, el arrepentimiento, el remordimiento y el castigo. De hecho, aunque el Darwinismo como tal no es totalmente

27 E. Wasmann, *Instinkt und Intelligenz im Thierreich*, 8a ed. (Freiburg i.B.: Herder, 1905); W. M. Wundt, *Vorlesungen über die Menschen- und Thierseele*, 2 vols. (Leipzig: L. Voss, 1863).

28 También cf. O. Hertwig, “Das biogenetische Grundgesetz nach dem heutigen Stande der Biologie,” *Internationale Wochenschrift* 1 (1907), n. 2.3.

29 Hubrecht, *Gids*, Junio 1896. Como Virchow lo había hecho antes, así también el Dr. Bumüller de Augsburg, en el congreso de antropólogos celebrado en Septiembre de 1899 en Lindau, afirmó que el *Pithecanthropus erectus* de Dubois era un gibón (en *Beweis des Glaubens* [1900]: 80), cf. E. Wasmann, *Biología Moderna*, 465- 80.

30 F. Pfaff, *Schöpfungsgeschichte*, 3ª ed. (Heidelberg: C. Winter, 1881), 721; cf. E. Wasmann en *Biología Moderna*.

31 E. Haeckel, *Der Kampf um den Entwicklungsgedanken*, 58.

32 En F. Hettinger, *Apologie des Christenthums*, 5 vols., 7a ed. (Freiburg i.B.: Herder, 1895- 98), III, 297 (*Nota del Editor*: Selecciones de la *Apologie* de Hettinger fueron traducidas en una edición de un volumen por Henry Sebastian Bowden, *Religión Natural*, 2ª ed. [Londres: Burns & Oates, 1892]); J. Reinke, *Die Entwicklung der Naturwissenschaften insbesondere der Biologie im neunzehnten Jahrhundert* (Kiel: Universitäts- Buchhandlung [P. Toeche], 1900), 19, 20, por lo tanto escribió: “Debemos reconocer sin reservas que no hay una sola prueba completamente inobjetable para su (ascendencia animal del hombre) condición de correcta.” También cf. Branco, en E. Wasmann, *Biología Moderna*, 407- 79, y el mismo Wasmann, 456- 83.

33 Ch. Darwin, *La Ascendencia del Hombre*, caps. 3- 4, y *La Expresión de las Emociones en el Hombre y en los Animales* (Londres: John Murray, 1872).

idéntico al materialismo, sin embargo tiende en esa dirección, encuentra allí su apoyo más significativo, y también pavimenta así el camino para la subversión de la religión y la moralidad y a la destrucción de nuestra humanidad. No hay ningún provecho en que la gente diga que es mejor ser un animal altamente desarrollado que un humano caído. La teoría de la ascendencia animal de los humanos viola la imagen de Dios en el hombre y degrada al humano hasta alcanzar la imagen del orangután y del chimpancé. Desde el punto de vista de la evolución no se puede sostener la humanidad como la imagen de Dios. La teoría de la evolución nos obliga a regresar a la creación tal y como la Escritura nos la presenta.

La Edad de la Humanidad

En relación con la teoría del origen del hombre la doctrina de la evolución también tiende a entrar en conflicto con la Escritura con respecto a la edad, la unidad y la morada original de la raza humana. Una gran edad fue atribuida a la raza humana por parte de muchos pueblos, incluyendo los Japoneses, Indonesios, Babilonios, Egipcios, Griegos y Romanos, quienes hablaron de muchas edades del mundo y de miríadas y cientos de miles de años. De tiempo en tiempo la antropología moderna a regresado a estas cifras fabulosas pero no es más consistente que la mitología pagana; abarca entre 10,000 y 500,000 años y aún más.³⁴

En años recientes hay una tendencia general a observar una mayor moderación al calcular la edad de la tierra y de la humanidad. Darwin, claro está, demandaba un incalculable número de años para dar lugar al origen de las especies a través de pequeños cambios, pues si la evolución nunca avanzó más rápido que ahora, el origen de la vida y de cualquier tipo de organismo habrá requerido un tiempo extraordinariamente largo. Cuando los científicos comenzaron a hacer cálculos, de manera consistente con esta teoría de la evolución, de cuánto tiempo hubiese necesitado el ojo humano para desarrollarse a partir de un minúsculo grano de pigmento y cuánto hubiesen necesitado los cerebros de los mamíferos para desarrollarse a partir de un ganglio original, automáticamente llegaron a tiempos inmensamente largos, que debían ser multiplicados varias veces para la duración de toda la vida en la tierra. Por tanto, algunos de ellos, junto con el mismo Darwin en la primera edición de *El Origen de las Especies*, llegaron a una cifra de 300 millones de años para la edad de la vida sobre la tierra y la mayoría usaba cifras aún más elevadas.³⁵

Pero los físicos y los geólogos gradualmente comenzaron a expresar objeciones a estas cifras. Ellos mismos comenzaron a calcular, intentando de varias maneras y por medio de varios métodos estimar la edad de la tierra, el océano, la luna y el sol. Y aunque difirieron entre ellos mismos en millones de años, el tiempo que todavía asumían para tal edad era generalmente mucho más corto que el requerido por los biólogos. Hablaban como máximo de 80 o 100 millones, y algunas veces se iban tan bajo como 10 ó 20 millones de años. Ahora, si la edad de la tierra no requiere más que una cifra entre 10 a 100 millones de años – y, como es claro a partir de esta diferencia, el cálculo es otra vez altamente incierto y sujeto a modificación en un momento³⁶ – es auto-evidente que el origen de la vida y de la humanidad es, una vez más, mucho menos remota. Sobre esta cuestión, por consiguiente, hay una amplia variedad de opiniones. Algunos científicos, tales como Bourgeois, Delaunay, de Mortillet, Quatrefages, y otros, asumen que el hombre ya se encontraba en el período Terciario. Otros, por otro lado, tales como Virchov, Mor. Wagner, Oskar Schmidt, Zittel, Cathaillac, John Evans, Joseph Prestwich, Hughes, Branco, Wasmann, Dawson, Haynes, y así sucesivamente, son de la opinión que la humanidad no hizo su debut sino hasta el período Cuaternario.³⁷ La decisión es también difícil porque los límites entre los dos períodos no pueden fijarse con

34 A. R. Wallace, por ejemplo, habla de medio millón de años, según J. Orr, *La Imagen de Dios en el Hombre*, 166.

35 H. De Vries, *Especies y Variedades*, 14; F. Wright, *Wetenschappelijke Bijdragen*, 176 [*Confirmaciones Científicas*]; J. Orr, *La Imagen de Dios en el Hombre*, 176.

36 J. Orr, *La Imagen de Dios en el Hombre*, 168.

37 *Ibid.*, 174, 306; J. Guibert, *En el Principio*, trad. por G. S. Whitmarsh (Londres: Kegan Paul, Trench, Trubner, 1900), 264- 97; Gutberlet, *Der Mensch*, 265ss.; E. Wasmann, *Biología Moderna*, 477. Según Wasmann, no se han encontrado todavía rastros algunos de humanos del terciario y las señales de actividad humana que se piensa que han sido encontradas en el Período Terciario son extremadamente dudosas. En contraste, quedan muchos restos humanos

claridad y estos períodos bien pueden haber existido el uno junto al otro en regiones diferentes de la tierra. Pero aún si la especie humana existía en el período Terciario y el hombre fue un contemporáneo del mamut, lo que sigue no es que esto establezca la edad de la humanidad; uno puede muy bien igualmente inferir a partir de esto que este período es mucho más reciente de lo que se creía inicialmente. Lo cierto es que al calcular las fechas de la Era del Hielo los científicos han retornado a números más modestos. En años recientes hay incluso un acuerdo considerable sobre este punto. La mayoría de expertos, tales como G. F. Wright, Salisbury, Winchell y otros, han llegado a la conclusión de que la Era del Hielo en América, y por tanto aproximadamente también la de Europa, no se encuentra más allá de ocho o diez mil años detrás de nosotros.³⁸ En relación con esto uno debe siempre tener en mente que los cálculos basados en las viviendas [sostenidas por pilotes] encontradas en Suiza y en otras partes; en huesos y cráneos que se han encontrado en cuevas cerca de Liège, Amiens, Dusseldorf, y en muchas otras partes; en las formaciones de los deltas del Nilo y del Mississippi; en la formación de las cataratas del Niágara y San Antonio cerca de Minneapolis; en la duración de las Eras de Piedra, Bronce y del Hierro, y así sucesivamente – que todos estos cálculos descansan sobre un fundamento hipotético y se hallan lejos de ser absolutamente ciertos. A este respecto, incluso más que en el de la edad de la tierra, es el caso que aunque los científicos pueden mencionar números, no tienen el material para una historia que se desarrolle en un período tan largo.

De más valor para la determinación de la edad de la raza humana son los datos cronológicos que nos son proporcionados por la historia y los monumentos de diferentes pueblos. La historia de la India y de China no proveen una base firme para una cronología, surgiendo – como lo hacen – solo unos pocos siglos antes de Cristo. Pero la situación es algo diferente con la historia de Egipto y Babilonia. Indudablemente que aquí tenemos una civilización antigua; ya existía tan lejos como podemos retroceder en la historia. También la misma Escritura enseña claramente esto. Pero la cronología es, no obstante, todavía tan incierta que uno no puede basar mucho en ella. Esta incertidumbre se ilustra por el hecho que según Champollion el reinado del rey Egipto Menes comenzó en 5867 A.C.; según Boeckh, en 5702; según Unger, en 5613; según Brugsch, en 4455; según Lauth, en 4157; según Lepsius, en 3892; según Bunsen, en 3623; de acuerdo a Edgard Meyer, en 3180; según Wilkinson, en 2320 – una difusión de más de 3500 años; y también por el hecho que Bunsen dice que el período histórico de Babilonia comienza en el 3784, Von Gutschmid en 2447, Brandis en 2458, Oppert en 3540, y así sucesivamente.³⁹

Cada estudiante de historia antigua tiene su propia cronología. Es un laberinto sin un hilo para guiar al investigador. Solamente en el caso del pueblo de Israel podemos en realidad hablar de una historia y una cronología. Fritz Hommel está, por lo tanto, en lo correcto al decir que la cronología para los primeros mil años antes de Cristo se halla bastante bien establecida, algunas veces hasta en pequeños detalles; que los segundos mil años antes de Cristo parece que se nos han dado solo unos pocos puntos fijos de referencia; y que en los terceros mil años, esto es, antes del 2000 A.C., todo es incierto.⁴⁰ De hecho, hay otras razones también por las cuales la raza humana no puede haber existido muchos miles de años antes de Cristo. Si hubiese existido la población del mundo en el tiempo de Cristo hubiese sido mucho más grande y hubiese estado distribuida más ampliamente. Mil años antes de Cristo, después de todo, la mayor parte del globo se hallaba aún inhabitada; esto se aplica a lo que ahora llamamos Asia del Norte, Europa Central y Norte, África al sur del Sahara, Australia, las islas del mar del Sur y América. Incluso en el tiempo de Cristo – aparte de Asia – la humanidad vivía principalmente alrededor del Mar Mediterráneo. Si la humanidad fuese

diluviales, todos los cuales prueban que en ese tiempo el hombre era ya un “*Homo sapiens* completo.”

38 J. Orr, *La Imagen de Dios en el Hombre*, 306; F. Wright, *Wetenschappelijke Bijdragen*, 201-7 [Confirmaciones Científicas]; Upham, “Die Zeitdauer der geologischen Epochen,” *Gaea* 30 (1894): 621ss. cita a varios estudiosos que sitúan la Era del Hielo aproximadamente siete u ocho mil años antes de Cristo.

39 F. Hettinger, *Apologie des Christenthums*, III, 258ss.; A. Baumgartner, *Geschichte der Weltliteratur*, I (Freiburg i.B.: Herder, 1897), 89; H. H. Kuyper, *Evolutie of Revelatie*, 76, 90. Las excavaciones más recientes en Egipto han conducido a la tesis que allí una civilización prehistórica precedió al tiempo histórico. La portadora de esa civilización prehistórica fue una antigua raza indígena; cf. el artículo: “Egypte vóór den tijd der Piramiden,” *Wetensch. Bladen* (Agosto 1907): 274- 93, (Septiembre 1907): 436- 53; J. Orr, *La Imagen de Dios en el Hombre*, 179, 306.

40 F. Hommel, *Geschichte des alten Morgenlandes* (Leipzig: Göschen, 1895), 38.

tan antigua como se ha afirmado se hubiesen encontrado muchos más restos de ciudades y de humanos; y ahora, como son las cosas, son muy escasos y se limitan a una parte de la tierra. Por consiguiente, las cifras más confiables no van más allá de cinco o siete mil años antes de Cristo.⁴¹ Si en relación con esto recordamos que los estudiosos están lejos de haber alcanzado un acuerdo con respecto a la cronología de la Biblia,⁴² entonces, también en este punto no hay un desacuerdo significativo entre la Escritura y la ciencia. Pero incluso si de acuerdo al cálculo habitual el Diluvio ocurrió en el 2,348 A.C., hubo un período de 450 años para el llamado de Abraham en el 1,900 A.C.; este período es suficientemente largo para dar a lugar a que imperios bastante poderosos se desarrollaran a lo largo del Éufrates y del Nilo. En catorce generaciones de 33 años cada una, esto es, en 462 años, Noé y sus tres hijos (y seis hijos por matrimonio) pudieron tener más de doce millones de descendientes.⁴³

La Unidad de la Raza Humana

La unidad de la raza humana es una certeza en la Sagrada Escritura (Gén. 1:26; 6.3; 7:21; 10:32; Mat. 19:4; Hch. 17:29; Rom. 5:12s.; 1 Cor. 15:21ss., 45s.) pero casi nunca ha sido reconocida por las personas que viven fuera del círculo de la revelación. Los Griegos se consideraban a sí mismos autóctonos y despreciaban orgullosamente a los “bárbaros.” Este contraste se encuentra virtualmente en todas las naciones. En la India gradualmente llegó a existir incluso una aguda división entre cuatro castas de personas, y para cada una de ellas se asumía un origen distinto. La Estoica fue la primera escuela de pensamiento en aseverar que todos los seres humanos formaban un solo cuerpo (*sustema politikon*) del cual todos eran miembros, de allí que proclamara la justicia y el amor universal entre los hombres.⁴⁴ Luego del Renacimiento la idea de varios orígenes de la raza humana nuevamente salió a la superficie. Esta idea sucedió algunas veces en forma de un verdadero poligenetismo, como en Caesalpinus, Blount, y otros deístas; en parte como co- adamitismo, es decir, la descendencia de diferentes razas a partir de ancestros diferentes, en Paracelso y otros; en parte (en Zanini y especialmente en Isaac e la Peyrère) como preadamitismo, esto es, la descendencia de pueblos salvajes que tenían color oscuro a partir de un ancestro anterior a Adán, mientras que en el caso de Adán este era solamente el ancestro de los Judíos o también de la humanidad blanca.

En 1655 de la Peyrère publicó (sin indicar el nombre el autor, la imprenta o el lugar) una pequeña obra

41 F. Pfaff, *Schöpfungsgeschichte*, 710- 28; M. Gander, *Die Sündflut in ihrer Bedeutung für die Erdgeschichte* (Münster: Aschendorff, 1896), 78- 90; P. Schanz, *Das Alter des Menschenschlechts nach der Heiligen Schrift der Prophangeschichte und der Vorgerschichte* (Freiburg i.B.: Herder, 1896).

42 Se han hecho varios intentos por extender la cronología de la Biblia y así armonizarla con la de la ciencia natural y la de la historia. La cronología del texto Hebreo del Antiguo Testamento es diferente de la traducción Griega. Las genealogías de Génesis 5 y 10 quizás se saltan generaciones y, aunque establecen la línea familiar, no fijan la duración de las generaciones. Así, por ejemplo, W. H. Green y F. Wright, *Wetenschappelijke Bijdragen*, 37 [*Confirmaciones Científicas*]; J. Urquhart, *¿Qué tan antiguo es el hombre? Algunos Capítulos mal entendidos en la Cronología de la Escritura* (Londres: Nisbet, 1904), es de la misma opinión y calcula el tiempo desde Adán hasta Cristo en 8,167 años. También cf. N. Howard, *Neue Berechnungen über die Chronologie des Alten Testaments und ihr Verhältnis zu der Altertumskunde*, prólogo por V. E. Rupprecht (Bonn: 1904); *Totheringham, *La Cronología del Antiguo Testamento* (Cambridge, 1906); A. Bosse, *Untersuchungen zum chronologischen Schema des Alten Testament* (Cothen, 1906); Herders, art. “Bibl. Chronologie,” *Kirchenlexicon*; J. B. Heinrich y K. Gutberlet, *Dogmatische Theologie*, VI, 2a ed. (Mainz: Kirchem, 1881- 1900), 272; cf. las páginas anteriores 123, 131 (en la edición impresa de Baker Books).

43 Para material adicional sobre la edad de la tierra, cf. O. Zöckler, *Geschichte der Beziehungen zwischen Theologie und Naturwissenschaft* (Gütersloh: C. Bertelsmans, 1877- 99), II, 755ss.; idem, *Die Lehre vom Urstand des Menschen* (Gütersloh: C. Bertelsmann, 1879), 87ss.; O. Zöckler, art. “Mensch” en *PRE*³, XII, 624; P. Schanz, *Apologie des Christentums*, 3 vols. (Freiburg i.B.: Herder, 1887- 88), I, 333ss. [*Una Apología Cristiana*, trad. por Michael F. Glancey, Víctor J. Schobel, 4^a ed. rev. (Ratisbon: F. Pustet, 1891)]; F. Hettinger, *Apologies des Christenthums*, III, 281- 310; F. G. Vigouroux, *Les Livres Saints*, 4 vols. (París: A. Roger & F. Chernoviz, 1886- 90), III, 452ss.; B. Platz, *Der Mensch* (Würzburg y Leipzig: Woerls Rusenbacher- verlag, 1898), 385ss.

44 E. Séller, *Philosophie der Greichen*, IV, 287ss.

titulada *Praeadamitae* y como subtítulo *Sistema theologiae ex praeadamitarum hypothesi*. En este folleto se hace la afirmación (con una apelación a Gén. 4:14, 16, 17; 6:2- 4) de que la gente ha existido mucho antes de Adán. Estas personas descendieron de la primera pareja cuya creación se reporta en Génesis 1. Sin embargo, en Génesis 2, encontramos la historia de la creación de Adán y Eva, quienes son los ancestros de los Judíos. Estos dos quebrantaron la ley que se les dio en el paraíso y cayeron en pecados aún más grandes que los pueblos que descendieron del primer hombre, pues los últimos, como lo dice Pablo (Rom. 5:12- 14), no pecaron a la manera del pecado de Adán. Ellos no violaron una ley positiva; cometieron pecados naturales pero no pecados contra la ley. Por un tiempo esta teoría ganó amplia aceptación y también provocó oposición de todas partes.⁴⁵ Pero pronto cayó en el olvido. Solo unos pocos autores, tales como Bayle, Arnold y Swedenborg, pensaban que tenía algún mérito. Especialmente cuando en el siglo dieciocho el conocimiento de los pueblos del mundo obtuvo una mayor difusión y la gente comenzó a darse cuenta de la gran diversidad en el color, cabello, complexión, costumbres (etc.) entre ellos muchos estudiosos se presentaron una vez más con la idea de diferentes ancestros: Sullivan (1795), Crüger (1784), Ballenstedt (1818), Stanhope Smith (1790), Cordonnière (1814), Gobineau (1853- 55), y otros. Algunos pusieron esta idea al servicio de la defensa de la esclavitud, como fue el caso con Dobbs en Irlanda contra Wilberforce, por Morton Nott, Glidon, Knox, Agassiz y otros. Otro tipo de poligénesis fue enseñado por Schelling.⁴⁶ Él también asumía la existencia de muchas razas de personas antes de Adán, pero estas se habían elevado y desarrollado tanto de su inferior status animal que finalmente le produjeron *a él* en quien se manifestó primeramente la humanidad y podía por tanto llevar el nombre de *el humano* (“ha- adam”) con buena justificación. Igualmente un cierto preadamitismo fue propagado por Oken, Carus, Baumgartner, Perty y Bunsen.⁴⁷ Después de 1860 se le añadió a estas opiniones el Darwinismo, el cual, debido a su teoría de la variabilidad bien podía ser monogenético pero entre muchos de sus partidarios, sin embargo, se volvió poligenético. El desarrollo de animal a hombre ocurrió en varias ocasiones y lugares y dio lugar a razas diferentes de acuerdo a Haeckel, Schaafhausen, Caspari, Vogt, Büchner y otros.⁴⁸ Sin embargo, desde la posición del Darwinismo la cuestión concerniente al origen y edad de la humanidad no puede contestarse; la transición de animal a hombre ocurrió tan lentamente que en realidad no hubo un primer hombre. Contra este poligenetismo, el monogenetismo fue nuevamente defendido por von Humboldt, Blumenbach, St. Hilaire, von Baer, von Meyer, Wagner, Quatrefages, Darwin, Peschel, Ranke; también Virchow consideró la posibilidad.⁴⁹

Ahora, la existencia de varios pueblos y razas en la humanidad es, con mucha certeza, un asunto importante cuya solución ni siquiera estamos cerca de encontrar. Las diferencias en color, cabello, cráneo, lenguaje, ideas, religión, hábitos, costumbres, y así sucesivamente, son tan grandes y la expansión de la única raza humana sobre el globo – por ejemplo, desde las Islas del Mar del Sur hasta América – tan enigmática que la idea de los orígenes diferentes de pueblos apenas nos sorprende. Por consiguiente, la Escritura, en Génesis 11, traza el origen de los idiomas y de los pueblos a un acto simple de Dios por el cual intervino en el desarrollo de la humanidad.⁵⁰ El origen de pueblos distintos tiene un profundo

45 F. Spanheim, *Opera*, III, 1249ss.; F. Turretin, *Institutes of Elenctic Theology*, trad. por George Musgrove Giger, ed. Por James T. Dennison, 3 vols. (Phillipsburg, N.J.: Presbyterian & Reformed, 1992-), V, qu. 8; J. Marckius, *Historia Paradisi* (Amsterdam: Gerardus Borstius, 1705), II, 2 §3ss.; B. de Moor, *Comm. Theol.*, II, 1001- 5; C. Vitranga, *Doctr. Christ.*, II, 127; cf. J. I. Doedes, “Nieuwe Merkwaardigheden uit den Oude- boeken- schat,” ed. por W. Moll y J. G. De Hoop Scheffer, *Studien en Bijdragen* (Amsterdam: G. L. Funke, 1880), IV, 238- 42; O. Zöckler, *Geschichte der Beziehungen*, I, 545ss., II, 768ss.; idem, *Die Lehre vom Urstand*, 231ss.

46 F. W. Schelling, *Werke*, II, I, 500- 515.

47 También cf. W. Bilderdijk, *Opstellen van Godgeleerden en Zedekundigen Inhoud* (Ámsterdam: Immerzeel, 1883), II, 75; D. F. Strauss, *Christliche Dogmatik*, I, 680; G. A. Schwalbe, *Studien zur Vorgeschichte des Menschen* (Stuttgart: Schweizerbart, 1906).

48 Cf. L. Gumplovicz, *Grundriss der Sociologie*, 2ª ed. (Wien: Manzsche Buchhandlung, 1905), quien promueve ardientemente el poligenetismo y basa su sociología en él (138ss.).

49 Cf. el mismo C. Darwin, *Ascendencia*, cap. 7, y además F. Hettinger, *Apologie des Christenthums*, III, 224.

50 F. W. Schelling, *Werke*, II, I, 94- 118; H. Lüken, *Die Traditionen des Menschengeschlechts* (Munster: Aschendorff, 1869), 278ss.; C. A. Auberlen, *La Revelación Divina*, I (Edinburgh: T. & T. Clark, 1867); F. Kaulen, *Die*

significado ético- religioso y habla del deterioro intelectual y espiritual. Mientras más salvaje y ruda se vuelva la humanidad, los idiomas, ideas, etc., tomarán diferentes caminos. Mientras la gente viva más en aislamiento, más se incrementarán las diferencias en el idioma. La confusión de los idiomas es el resultado de la confusión en las ideas, en la mente y en la vida.

Aún así, en toda esa división y quebranto la unidad ha sido preservada. La ciencia de la lingüística ha descubierto parentesco y unidad de origen aún donde en el pasado ni siquiera había la más remota sospecha. Mientras que la existencia de razas y pueblos es un hecho, la determinación de sus fronteras es sin embargo tan difícil que genera inmensas disputas. Kant asumía que había cuatro razas diferentes, Blumenbach cinco, Buffon seis; Peschel siete, Agassiz ocho, Haeckel doce, Morton hasta veintidós.⁵¹ En y entre todas las razas hay también formas de transición que parecen burlarse de todos los intentos de clasificación. Por consiguiente, Génesis 10 sostiene la unidad de la raza frente a toda la diversidad y Johann von Müller dijo con buena razón, “toda la historia debe comenzar con este capital.”

Ahora, contra esta unidad el Darwinismo no puede realmente levantar objeción alguna. La diferencia entre el hombre y el animal es en cualquier caso mucho más grande que la que existe entre los humanos. Si el hombre pudo evolucionar a partir de un animal, es difícil ver porqué la idea de un origen común de la humanidad debiese como tal encontrar alguna objeción. El Darwinismo en realidad proporciona el medio conceptual para explicar la posibilidad de una amplia variedad de cambios en una especie dada como resultado de varias influencias climáticas y de estilos de vida. Hasta ese punto rinde un excelente servicio a la defensa de la verdad. Pues, por muy grande que pueda ser la diferencia entre las razas, con una mayor investigación la unidad y parentesco de todos pueblos surge sin embargo con más claridad.⁵² Es también evidente a partir del hecho que padres de las más diversas razas pueden aparearse y producir hijos fértiles; que cualquier clase de humanos puede habitar cualquier zona de la tierra y vivir allí y que pueblos que nunca han estado en contacto tienen, sin embargo, varios atributos y prácticas en común, tales como gestos, el sistema decimal, el pintarse la piel, tatuajes, circuncisión, tabúes, etc. Además, numerosos fenómenos fisiológicos son los mismos en todas las razas, tales como la postura erecta, la forma del cráneo, el peso promedio del cerebro, la cantidad y longitud de los dientes, la duración del embarazo, la cantidad promedio de pulsaciones del corazón, la estructura interior del organismo, la mano, el pie (etc.), la edad promedio, la temperatura corporal, los períodos mensuales, la susceptibilidad a las enfermedades, y así sucesivamente. Finalmente, en los aspectos intelectuales, religiosos, morales, sociales y políticos los seres humanos tienen una amplia variedad de cosas en común: lenguaje, intelecto, razón, memoria, conocimiento de Dios, conciencia, sentido de pecado, arrepentimiento, sacrificio, ayuno, oración, tradiciones sobre una época de oro, un diluvio, y así sucesivamente. La unidad de la raza humana, como la Escritura la enseña, es confirmada poderosamente por todo esto. Finalmente, no es un asunto de indiferencia, como algunas veces se ha afirmado, sino por el contrario de la máxima importancia: es la presuposición de la religión y la moralidad. La solidaridad de la raza humana, el pecado original, la expiación en Cristo, la universalidad del reino de Dios, la catolicidad de la iglesia, y el amor al prójimo se hallan todos cimentados en ello.⁵³

Sprachenverwirrung zu Babel (Mainz: F. Kirchheim, 1861); Strodl, *Die Entstehung der Völker Schaffhausen* (Schaffhausen, 1868).

51 O. Peschel, *Abhandlungen zur Erd und Völkerkunde*, 5ª ed. (Leipzig: Duncker & Humboldt, 1878), 316ss.; H. Schurtz, *Katechismus der Völkerkunde* (Leipzig: J. J. Weber, 1893); J. Guibert, *En el Principio*, 212- 53.

52 El significado de las razas es, a su vez, exagerado, como lo es por Ammon, Driesmann, H. St. Chamberlain, Dühring, Gumplovicz, Nietzsche, Marx, y así sucesivamente, y subestimado por Jentsch, Hertz, Colajanni, esp. Finot; cf. Snijders, “Het ontstaan en de verbreiding der menschenrassen,” *Tijdspr.* (Abril 1897); S. R. Steinmetz, “De rassenkwestie,” *Gids* 71 (Enero 1907): 104- 39; H. Kern. *Rassen, Volken, Staten* (Haarlem: Bohn, 1904). “Oud en Nieuw over de menschenrassen,” *Wetenschappelijke Bladen* (Junio 1904): 337- 57.

53 Sobre la unidad de la raza humana, cf. además: O. Zöckler, “Die einheitliche Abstammung des Menschengeschlechts,” *Jahrbuch für die Theologie* (1863): 51- 90; idem, *Geschichte der Beziehungen*, II, 768ss.; idem, *Die Lehre vom Urstand*, 231ss.; idem, en *PRE*³, XII, 621; Rauch, *Die Einheit des Menschengeschlechts* (Augsburg, 1873); Th. Waitz, *Ueber die Einheit des Menschengeschlechts und den Naturzustand des Menschen*

La Morada Original de la Humanidad

Finalmente, está la diferencia con respecto a la morada original del hombre. Génesis relata que Dios, después de haber creado a Adán, plantó un huerto en Edén. Por lo tanto, *?eden* (placer, tierra de deleite) no es idéntica con el paraíso sino una región en la que el huerto (LXX *paradeisos*; según Spiegel de la palabra Persa *pai-ri-daeza*, recinto cercado) fue plantado. Este paraíso es luego llamado el huerto de Edén (Gén. 2:15; 3:23), el huerto de Dios (Eze. 31:8,9), el huerto del Señor (Isa. 51:3), y algunas veces es igualado con el Edén (Isa. 51:3; Eze. 28:13; 31:9). Dios, además, plantó el huerto en Edén “hacia el Este,” “por el Este,” es decir, desde el punto de vista del autor. Un río fluía del Edén para regar el huerto; y desde allí, esto es, desde el huerto, a medida que regaba el huerto, se dividía en cuatro ramas cuyos nombres son Pisón, Gihón, Hidekel y Éufrates. Los últimos dos ríos son el Tigris y el Éufrates; pero acerca de los primeros dos siempre ha habido desacuerdos. Los padres de la iglesia, como Josefo, generalmente asociaban el Pisón con el Ganges y el Gihón con el Nilo. Pero nunca emprendieron un estudio cuidadoso de la ubicación del paraíso. Para ellos el paraíso sobre la tierra a menudo corría de manera paralela al paraíso celestial y era interpretado alegóricamente. Agustín dice que hubo tres opiniones con respecto al paraíso.⁵⁴ Algunos lo miraban como un paraíso terrenal, otros como uno celestial, y aún otros combinaban los dos. Aquellos que lo consideraban como un paraíso terrenal creían que estaba situado en un nivel muy alto entre el cielo y la tierra, que incluso se extendía hasta la luna, o que en un tiempo toda la tierra había sido un paraíso, o que estaba situado al otro lado del océano. Según algunos exegetas el paraíso fue completamente destruido después de la caída, especialmente por el diluvio; según otros, todavía existía pero se había vuelto inaccesible por las montañas y los mares; e incluso otros pensaban que había sido incorporado al cielo. La primera persona que intentó precisar la ubicación geográfica del paraíso fue Agustín Steuchus de Gubbio, y de allí Eugubinus (d. 1550). En su obra *Kosmopoiia*, que fue publicada en Lyons en 1535, desarrolló la así llamada hipótesis Pasitigris, según la cual los cuatro ríos son los estuarios de un vasto río, el así llamado Tigris-Éufrates, y por lo tanto el paraíso está situado cerca de la actual ciudad de Corna. Esta hipótesis fue afectuosamente aceptada por Católicos como Pererius, Jansen, Lapide, Petavius, Mersenna; por eruditos Reformados tales como Calvino y Marck; y por varios Luteranos, y fue adoptada, de forma modificada, por Pressel.⁵⁵

Además, por allá de mediados del siglo diecisiete surgió la así llamada hipótesis Armenia, cuyo trabajo preliminar ya había sido establecido por Rupert de Deutz, Pellican y Fournier, y que había sido desarrollada especialmente por Reland, profesor en Utrecht (d. 1706). Su tesis es que el Pisón es el Phasis, Gihón el Araxes, Hávila el Colchis, Cush la tierra del *Kossioi* entre Media y Susiana, y por tanto buscó el paraíso en un área más norteña, a saber, rumbo a Armenia, aproximadamente entre Erzerum y Tiflis. Encontró más aceptación que la hipótesis Pasitigris y era aún defendida en nuestro propio tiempo por von Raumer, Kurtz, Baumgarten, Keil, Lange, Delitzsch, Rougement, y otros. En contraste, Friedrich Delitzsch en su obra, *Wo lag das Paradies?* (Leipzig, 1881), buscaba la ubicación del paraíso en una dirección más al sur: en el paisaje de Babilonia, que debido a su belleza era llamado “el jardín del Dios Dunias” por Babilónicos y Asirios. Luego entonces el río del Edén era el Éufrates en su cuenta más alta; el Pisón y el Gihón eran dos canales auxiliares. Sin embargo, otros estudiosos habían ido más allá y miraban la historia del paraíso como una saga que ha viajado gradualmente del este al oeste y en la que el Pisón y el Gihón originalmente denotaban al Indus y al Oxus (J. D. Michaelis, Knobel, Bunsen, Ewald, y otros). Otros la consideraban un

(Leipzig: Fleischer, 1859); H. Ulrici, *Gott und der Mensch*, I, 2, 146ss.; H. Lotze, *Microcosmus*, trad. por Elizabeth Hamilton y E. E. Constance Jones (New York: Scribner & Welford, 1866), 173- 92; O. Peschel, *Abhandlungen zur Erd und Völkerkunde*, 14ss.; F. H. Reusch, *Naturaleza y Biblia*, II, 181- 245; P. Schanz, *Apologie des Christenthums*, I, 318- 33 [*Una Apología Cristiana*]; F. G. Vigouroux, *Les Livres Saints*, IV, 1- 120; F. Delitzsch, *Un Nuevo Comentario del Génesis*, trad. por Sophia Taylor (Edinburgh: T. & T. Clark, 1899) 190; F. Hettinger, *Apologie des Christenthums*, III, 223- 80; J. H. A. Ebrard, *Apologética*, trad. por William Stuart y John Macpherson, 2ª ed., 3 vols. (Edinburgh: T. & T. Clark, 1886- 87), I, 262- 302.

⁵⁴ Agustín, *El Significado Literal del Génesis*, VIII, 1.

⁵⁵ J. J. Herzog, art. “Paraíso,” en *Schaff-Herzog*; “Paradies” en *PRE*¹.

mito en el que Hávila representa la tierra dorada de la saga y el Gihón es el Ganges o el Nilo (Paulus, Eichhorn, Gesenius, Tuch, Bertheau, Schrader, y otros).⁵⁶

La mayor parte de antropólogos y lingüistas ya no toman en consideración Génesis 2 y mencionan países muy diferentes como la morada original de la humanidad. Pero están lejos de la unanimidad y le han conferido este honor prácticamente a todos los países. Romanes, Klaproth, de Gobineau, y George Browne se refieren a América; Spiller pensaba en Groenlandia, porque después del enfriamiento de la tierra las regiones polares fueron las primeras en ser habitables. Wagner consideraba a Europa el continente donde el simio había evolucionado primero en humano. Unger especificaba Styria, L. Geiger Alemania, Cuno y Spiegel el sur de Rusia, Poesche la región entre el Dniepr y el Njemen. Benfey y Whitney Europa central, Warren el Polo Norte. Otros, tales como Darwin, Huxley, Peschel y otros favorecían al África porque consideraban al gorila y al chimpancé como los parientes más cercanos del hombre. Y Link, Häckel, Hellwald, Schmidt inventaron un cierto país llamado “Lemuria,” donde primero los simios se habían vuelto humanos, y que estaba situado entre África y Australia, pero al final del período Terciario accidentalmente se había hundido en las profundidades del mar. En este aspecto muchos eruditos asumen, no solo una única morada original del hombre, sino que creen que la evolución del animal al hombre ocurrió en varias partes de la tierra, combinando así el Darwinismo con el poligenetismo (Haeckel, Vogt, Schaafhausen, Caspari, Fr. Muller y otros).

Este espectacular desacuerdo entre los antropólogos ilustra que hasta ahora la ciencia natural no ha sido capaz de decir alguna cosa con certeza sobre este punto. Se pierde en conjeturas pero no sabe nada sobre el origen y la morada de los primeros humanos. Por lo tanto, no hay un solo hecho que nos obligue a abandonar la estipulación de la Sagrada Escritura con respecto al Edén. La etnología, la lingüística, la historia y la ciencia natural nos proveen información que hace plausible la elección de Asia como la morada original del hombre. Ni África, ni Europa, ni América, y mucho menos un país como “Lemuria,” pueden igualar el derecho de Asia de recibir esta distinción. Aquí encontramos los pueblos más antiguos, la civilización más antigua, los lenguajes más antiguos; toda la historia antigua nos señala a este continente. Desde este parte de la tierra Europa, África, Australia, pero también América, han sido pobladas. Claro, en este aspecto surgen muchas preguntas para las cuales todavía no tenemos respuestas. Es especialmente incierto cómo y cuándo fue poblada América.⁵⁷ Pero estas objeciones de ninguna manera derrocan la enseñanza de la Escritura que Asia es la cuna de la humanidad. Sobre la ubicación del paraíso y del Edén puede que haya diferentes opiniones, de manera que se ubican a veces en el centro, o el este o el sur, de Asia; puede que ya no esté dentro de nuestras capacidades determinar la geografía, pero la Escritura y la ciencia se unen en el testimonio de que es en Asia donde debemos buscar la morada original del hombre.⁵⁸

56 Cf. también H. Zimmern, *Biblische und Babylonische Urgeschichte*, 2 vols. (Leipzig: J. C. Hinrichs, 1901) (*N. del E.*: Bavinck cita erróneamente esto como *Bibl. und parad. Urgeschichte*); H. Gunkel y H. Zimmern, *Schöpfung und Chaos*, 2ª ed. (Göttingen: Vandenhoeck y Reprecht, 1921), y su comentario sobre el Génesis.

57 O. Zöckler, *Geschichte der Beziehungen*, I, 542ss.; O. Peschel, *Abhandlungen zur Erd und Völkerkunde*, 402ss.; F. G. Vigouroux, *Les Livres Saints*, IV, 98ss.; *E. Schmidt, *Die Aeltesten Spuren des Menschen in N. Amerika*, nos. 38 y 39 *Deutsche SEIT-und Streitfragen*; **Wetenschappelyke Bladen* (1895).

58 O. Peschel, *Abhandlungen ur Erd und Völkerkunde*, 35- 41; O. Zöckler, *Geschichte der Beziehungen*, passim, esp. I, 128ss., 170ss., 395ss., 654ss., II, 779ss.; idem, *Die Lehre vom Urstand*, 216ss.; F. H. Reusch, *Naturaleza y Biblia*, II, 181- 245; *O. Zöckler, *Biblische und Kirchenhistorische Studien* (München: 1893), V, 1- 38; F. Delitzsch, *Un Nuevo Comentario del Génesis*, 114- 46; volck, art. “Edén” en *PRE*³, V, 158- 62; W. Engelkemper, *Die Pradiesesflüsse* (Münster, 1901); B. Poertner, *Das biblische Paradies* (Mainz: Kirchheim, 1901); *Fr. Coelestinus, *Het Aardsche Paradijs*, Tilburg y así sucesivamente.